

Y llegó el año 2000

Por ENRIQUE FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

La murga viene ya de largo. Ya desde mediados de 1998 vienen apareciendo en la prensa artículos de opinión sobre el por lo visto tan trascendente asunto de determinar el final del siglo, que vale tanto como decir del milenio.

Si hace más o menos mil años (no vamos a empezar a discutir por un año arriba o abajo) el asunto adquirió tintes apocalípticos y algunos veían señales premonitorias a diestro y siniestro -sobre todo a siniestro- del inmediato fin del mundo (los menos, porque para el resto de los mortales la única preocupación consistía en cavilar para conseguir llenar el estómago el día siguiente y dudo mucho que supieran o le interesara en qué año vivían y si se acercaba amenazante el final de los tiempos, a ellos que tan cerca estaban cada día de su propio final), ahora, tan lejos ya de aquellos siglos, a los que llamamos prepotentemente "oscurantistas", no sufrimos la arrebataada epidemia milenarista y nos disponemos a celebrar la llegada del nuevo milenio a bombo y platillo. Si hay, no obstante, dos problemas que afectan globalmente (de los demás mejor no hablamos) y que tienen que ver con la redondez del año 2000 y que podemos llamar, por tanto, milenaristas. Uno, de sobra comentado, es el llamado "efecto 2000", producto de una imprecisión informática y que esperemos que no nos acarree muchos quebraderos de cabeza. El otro, consecuencia seguramente del uso excesivo de la calculadora, es que a algunos se les están secando las meninges y ya no saben contar, ni siquiera por los dedos. Así que, dispuestos a matar moscas a cañonazos, se arman con todo un aparato matemático para calcular cuántos años caben en dos milenios.

Un representante de esta especie es el paleontólogo Stephen Jay de la Universidad de Harvard (como no) al que da un merecido varapalo un genial, como siempre, Rafael Sánchez Ferlosio en el artículo que, con el título "Cero en matemáticas", publica este escritor en *El País* del 01.09.98. El Sr. Jay pone en solfa al monje del Dionisio el Exiguo (470-550), al que se debe la fijación de la Era Cristiana en el 532, porque según su docto dictamen "olvidó empezar el tiempo por el año cero, con lo que dio al traste con todas nuestras nociones usuales del cálculo. Durante el año en el que Jesús tenía un año de edad, el sistema de tiempo que empezó con su nacimiento tenía ya dos". Así que, considerando el cero, no como un punto de referencia, sino como un año con sus 365 días, 1999 sería el último año del milenio.

Sánchez Ferlosio en su artículo, lleno de detalle e ironía, explica el absurdo en el que cae Mr. Jay al pretender empezar a contar por el cero, al llamarle al año 1 año 0. Mal podía el monje Dionisio llamarle al primer año "año cero", porque la notación arábiga, que introduce el cero, no empezó a usarse en Occidente hasta el s. IX y la notación romana al uso no lo utilizaba. Pero es que además tampoco le hacía falta para contar,

ya fueran años o morcillas. Cuando tenemos que contar un conjunto de objetos, a nadie se le ocurre empezar por el cero, sino por el uno; y sólo tendremos 2000 cuando hayamos contado 2000 y no 1999. Veamos un caso práctico adecuado, que para eso tenemos la suerte de ser de pueblo: Si tenemos que llenar 2000 sacos de patatas con 365 patatas cada uno (vamos a prescindir ahora del ajuste de los bisiestos), solamente habremos terminado la tarea cuando hayamos llenado el saco nº 2000 con sus correspondientes 365 patatas; no cuando vayamos a introducir la primera. Parece claro, pues, que sólo cuando hayamos vivido los 365 días del 2000 estrenaremos un nuevo milenio. Todos resolvemos diariamente en nuestra vida cotidiana problemas aritméticos tan sencillos como éste y, sin embargo, parece que los tres ceros se les han atragantado a muchos en esta ocasión. ¿A alguien se le ocurre contar los dedos de las manos comenzando por el cero?

Lejos de terminarse la polémica con el exhaustivo y contundente texto de Ferlosio, a lo largo de 1999 siguieron apareciendo artículos en la prensa sobre este tema o referencias puntuales al asunto. Una divertida anécdota tuvo como protagonista al propio rey. En el discurso inaugural del Año Judicial (13.09.99), el Presidente del Consejo General del Poder Judicial, Javier Delgado, se refirió al 2000 situándolo en el próximo milenio. Al término del acto, el rey se dirigió a él para indicarle que el próximo milenio comenzaba en el 2001. "Eso, señor, lo estuve discutiendo con mis hijos y opinan como usted, perdón, como su Majestad", contestó el Presidente. Todavía no habían desconectado los micrófonos, por lo que el comentario pudo ser percibido claramente para regocijo de los presentes.

En un intento de zanjar el asunto, organismos competentes, como el Observatorio Astronómico de Greenwich, se han pronunciado con rotundidad determinando el comienzo del milenio para el 1 de enero de 2001. Matemáticos, astrónomos y otros científicos han firmado el llamado "Manifiesto 2000" en internet (<http://manifiesto2000.astrored.org>) en el que se expre-



De Santibáñez a Santiago.

san con idéntica rotundidad.

¿Por qué, pues, parece todo el mundo empeñado en la idea de adelantarlo al 1 de enero de 2000? Hay varias razones. Umberto Eco, para quien sin ningún género de duda el milenio comienza el 1 de enero de 2001, señala que “los tres ceros ejercen una fascinación especial y por eso entiendo toda la excitación que se está creando ante la llegada de año 2000. Todos somos un poco fetichistas”. Fernando Savater añade otra explicación: “En las biografías es el cero el que marca la entrada de una nueva época. Resulta que la convención de los siglos o los milenios tiene más que ver en nuestra imaginación con lo biográfico que con cualquier otro respetable aspecto de nuestro sistema de pesas y medidas”.

En estas ideas se apoya también la razón principal: el bombardeo publicitario que venimos sufriendo desde hace meses en los medios de comunicación, por parte, entre otros, de las agencias de viajes y el mundo de la hostelería, que pretenden hacer su agosto en este 31 de diciembre ofertando en el lote de Noche Vieja: fin de año, fin de siglo y fin de milenio. Los números cantan: un crucero en un rompehielos por la Antártida de 27 días de duración, para recibir el nuevo milenio en Balleny Islands, por donde, según la línea internacional de cambio de fecha, asomará en primer lugar el año 2000, supera la nada despreciable suma de 3 millones de pesetas. El hotel Palace de Madrid ofrece la suite real -cuatro noches, Rolls-Royce con chófer uniformado, champán sin límite y cena de gala- por la redonda cifra de 10 millones. Perseguir el albor del milenio por todo el planeta a bordo del Concorde alcanza el bonito precio de 11 millones. Y un largo etcétera de ofertas millonarias, para que cada cual pueda tirar como quiera la casa (y el milenio)

& En fin, que cada cual puede celebrar la llegada del nuevo milenio cuando le venga en gana, pero lo más sensato es hacerlo dentro de un año.

& ... y, sobre todo, qué significa esto de un milenio (o dos).

por la ventana. En el archipiélago Kiribati, en el Pacífico, cambiaron de fecha por ley en 1995; así de estar a un lado de la línea internacional de cambio de fecha, pasaron al otro; de ser los últimos a ser los primeros. Incluso rebautizaron a una isla con el nombre de “Millennium”. Todo preparado para recibir a los turistas “milenaristas” y quitarle, con sus playas de arenas blancas y cocoteros, el honor y los clientes a las deshabitadas Balleny Islands, en cuyas gélidas aguas sólo se pueden bañar los pingüinos. Ya se sabe: el negocio es el negocio. Y un turista es un turista; sobre todo si es “milenarista”.

En fin, que cada cual puede celebrar la llegada del nuevo milenio cuando le venga en gana, pero lo más sensato es hacerlo dentro de un año. Aunque, ya que hablamos de sensatez, habrá que ver si tenemos algo que celebrar (los tiempos que corren no son muy propicios para ello) y, sobre todo, qué significa esto de un milenio (o dos).

Como todo el mundo sabe, un año es una unidad natural de medición del tiempo, es el tiempo que tarda la Tierra en dar la vuelta alrededor del Sol, es decir, según los científicos, 365 días, 5 horas, 48 minutos y 45,5 segundos. Ya desde la época prehistórica, distintos pueblos (babilonios, egipcios, griegos, romanos, mayas, aztecas,...) establecieron calendarios que intentaban acercarse a la correcta medición de la duración del

año. Su (relativa) inexactitud se debía a lo complicado del cálculo para sus medios y a otro hecho nada desdeñable: el año no puede ser dividido exactamente por ninguna de las demás unidades de tiempo: día, semana, mes. Estas imprecisiones propiciaron el uso de diversos criterios y la introducción de ajustes para la elaboración del calendario: calendario lunar, solar, lunisolar, año bisiesto, ..., calendario juliano (desde el 45 a.C.), calendario gregoriano (desde 1582), ... El S. XX, con toda su epifanía de ciencia y tecnología, no ha introducido cambios en el calendario (aunque sí ha determinado el desajuste entre el calendario gregoriano y el real -24 segundos- y que, con el paso del tiempo, los años se van acortando) y, puestos a decir, tampoco va a poder determinar realmente cuando termina el milenio, si es incapaz de fijar el origen, el famoso cero; es decir, la fecha del nacimiento de Cristo. La fecha de 25 de diciembre del año 1 a.C. no es aceptada actualmente por los investigadores modernos, aunque tampoco existe un acuerdo entre ellos: unos lo sitúan en el 5 a.C., otros en el 2 a.C., otros en el 4 d.C., ...en fin, que no se sabe con certeza. Así que con tantas imprecisiones, desajustes y dudas ¿alguien puede precisar de qué hablamos cuando decimos dos milenios?

El gran pecado de Occidente de creerse el ombligo del mundo también pesa mucho en esta pejiuguera bimilenaria. Si domina

política, militar y económicamente el mundo y está a un paso (o así) del dominio cultural, por qué no va a globalizar -que ahora está muy de moda- su referencia a Cristo para el cómputo del tiempo con sus matracas milenaristas incluidas. Poco parece importar que tres cuartas partes de la humanidad empleen otros calendarios -más de cuarenta-, basados en otras creencias. Mientras

Occidente espera el 2000, los musulmanes recibirán el 1420 de la Hégira, los judíos el 5760 desde la creación del mundo, los indios el 1921, los chinos el año lunar 4636 bajo el signo del dragón, ...y los latinistas pueden muy bien esperar el 2754 ab urbe condita, es decir, desde la fundación de Roma.

Me imagino a la vieja Gaia con un rictus de preocupada resignación, como nunca en sus 5.000 millones de años, viendo el peligroso derrotero que lleva el camino que transita el ser humano en este siglo, tan cerca del abismo, y preguntándose por qué será tan importante, después de haber viajado alrededor del Sol 5.000 millones de veces, celebrar las 2000 últimas vueltas. La llegada del año 2000 no representa ningún hecho trascendente ni para nuestra civilización ni en la edad de la tierra. No tiene ningún fundamento la “mística de los tres ceros”, simple reflejo del uso del sistema métrico decimal. El espejismo desaparece si no contamos en base diez Reflexionar no cuesta nada; quiero decir que sale muy barato.

Y dentro de un año, por estas fechas navideñas, volverán a machacarnos con su publicidad todos los que se montan su negocio milenarista para celebrar otra vez el cambio de siglo y de milenio (esta vez sí, dirán) con la llegada del 2001.

En fin, mis mejores deseos para todos y feliz año 2000.